

Posmodernidad y adolescencia

■ ■ Victoria Marisol Barrón Ontiveros*
■ ■ Jorge Ignacio Ibarra Ibarra**

La posmodernidad afecta de manera profunda la vida contemporánea, incluyendo al sector poblacional que atraviesa la adolescencia. Con constantes cambios en lo social, económico y cultural, se ven limitados tanto el acceso a las oportunidades para el desarrollo como los recursos con los que los adolescentes contarán para transitar hacia la adultez; lo cual representa mayor riesgo de gestar en su persona síntomas que reflejan los efectos del sistema socioeconómico imperante, así como problemas sociales que dificultan el encuentro con figuras de referencia que les proporcionen estabilidad en la búsqueda de identidad y autonomía.

Nos encontramos lidiando con las consecuencias del la época del ocaso de la autoridad (Recalcatti, 2013), con crisis económicas y ambientales que dificultan vislumbrar un futuro, como lo planteó Lasch desde 1979, cuando describió la impresión de enfrentarse al futuro sin mayores esperanzas, tanto por la pérdida de interés en el pasado como por las dificultades para internalizar objetos que puedan servir de base para la construcción de identidades, con base en la constitución de la subjetividad.

En el presente escrito se presentan puntos centrales sobre el impacto del capitalismo en la posmodernidad, la liquidez de los vínculos en la sociedad actual y el impacto que esto tiene en el paso de la adolescencia a la adultez con el objetivo de reflexionar sobre las posibilidades que hay para la apertura de alternativas de acompañamiento de las nuevas generaciones.

* Psicóloga clínica y máster en Trabajo social por la Universidad Autónoma de Nuevo León. Actualmente forma parte de la misma universidad como docente en la Preparatoria No. 3, supervisora de práctica profesional en la Facultad de Psicología y estudiante del doctorado en Filosofía con actuación en Estudios de la Cultura en la Facultad de Filosofía y Letras.

** Docente Investigador en la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL, Colegio de Filosofía y Humanidades; imparte Antropología Filosófica, Filosofía de la Cultura y Estética; forma parte del SNI, Nivel 1. Doctor en Filosofía por la Universidad Iberoamericana, con la tesis: El concepto de Cuerpo sin Órganos de Gilles Deleuze como concepto fundamental para una ética de la inmanencia.

Posmodernidad

La posmodernidad es entendida a partir de Lyotard como “la condición del saber en las sociedades más desarrolladas” (1987, p. 4), en relación con el estado de la cultura y de las transformaciones de la ciencia, literatura y las artes a partir del siglo XIX, caracterizada por una incredulidad ante los relatos que pretenden explicar y organizar la realidad. La no-aceptación de los metarrelatos permite la adopción de enfoques fluidos para la experimentación, el análisis y la reconfiguración de formas de organización. Lo anterior, aunque puede representar incertidumbre y confusión, también permite la reconfiguración de estándares que en épocas anteriores difícilmente cambiaban.

En este sentido, la sociedad líquida de Bauman (2000) describe la sociedad posmoderna como una sociedad líquida caracterizada como inestable e incierta frente al futuro, sociedad individualista y frágil en sus vínculos, con circunstancias sociales precarias y el consumo presentado como una forma de identidad con una constante búsqueda de gratificación de manera instantánea, la enajenación y alienación del capitalismo permeado en la sociedad. Situado en la posmodernidad, Foucault explicó que el cuerpo se convierte en objeto de interés, sujeto a obligaciones que mantienen una escala de control, imponiendo relaciones de docilidad-utilidad.

En la posmodernidad los sucesos se deslizan, no parece haber huella, pues son eventos que constantemente bombardean y que van quitando valor al ser para dotar de valor al parecer (Vásquez, 2011). La cuestión es: ¿Cómo afecta a las adolescencias el cambio de la posmodernidad? Y más específicamente, el cuestionamiento se dirige al cambio acelerado que distingue al sistema económico capitalista posmoderno, el cual es descrito por Deleuze y Guattari (1972) a partir del concepto de máquina capitalista y caracterizado por la reafirmación de subjetividades a partir del consumo, donde el deseo y las identidades se construyen a través de lo que marca el sistema económico. Dichos

autores resaltan las condiciones de consumo e inestabilidad de los vínculos superficiales y con carácter cambiante o inestable. Existen numerosos ejemplos donde podemos situar el cambio acelerado, como las tendencias en música, los videos que se viralizan y rápidamente pasan al olvido. Las huellas no son duraderas, parece que se olvida la historia y se dificulta construir futuro.

Monterrey, la máquina cínica

Crisis mundial relacionada con los cambios políticos, económicos y sociales; dificultades a nivel nacional con la inseguridad, corrupción, machismo, desempleo, contaminación; crisis estatal con problemas de contaminación, desabasto de agua, aumento del costo de medios de transporte y

disminución de su calidad. Estas son, por mencionar algunas, las principales problemáticas en las que se desarrollan las adolescencias en Monterrey, Nuevo León, México y recuerda a lo dicho por Recalcatti (2013): “Nuestros hijos no heredan un Reino, sino un cuerpo muerto, una tierra agotada, una economía enloquecida, un endeudamiento ilimitado, falta de trabajo y de horizontes vitales. Nuestros hijos están exhaustos” (p. 15).

La cultura regiomontana refleja algunos de los elementos que Deleuze y Guattari (1972) describían en la máquina capitalista: cínica, en búsqueda del goce del consumo, con una lógica dirigida hacia la producción y la generación de necesidades que son luego vividas como deseo, pero no un deseo genuino sino uno construido, inventado para aumentar el



Cartel de protesta que dice: “Desde el cerro de la Silla ya no se divisa el panorama”.

consumo generando fetichismo de la mercancía. También asemeja a la “modernidad líquida”, que no guarda una forma sólida, fluye de manera acelerada, donde todo cambia y nada permanece sin modificaciones. Si bien, este *panta rhei* descrito por Heráclito es un panorama complicado, en la posmodernidad se complejiza debido al fetichismo de la mercancía capitalista. La reconstrucción dependerá de las prácticas alternativas relacionadas con la producción de subjetividad. Guattari (1990), identificó la desterritorialización de la *psique* y el *socius* como parte del problema que lleva al desbordamiento del cuerpo, del yo y del individuo, mismo desbordamiento que contribuye a la generación de los síntomas socioemocionales que aquejan a la población adolescente en la actualidad (p. 61).

Estas características del sistema afectan a toda la población, sin embargo, la adolescencia como etapa de desarrollo representa por sí misma una serie de retos que se vuelven más difíciles de procesar en contextos que vulneran los derechos humanos más básicos. Es irresponsable reducir las problemáticas adolescentes exclusivamente a los cambios físicos y emocionales, pues se corre el riesgo de caer en la individualización de la problemática y la patologización de malestares (como el *cutting*, depresión, conflictos relacionados con la alimentación, entre otros) que guardan profunda relación con las situaciones sociales y culturales imperantes. Bleichmar (2008) abordó la relación que guardan lo singular, lo histórico y lo social, de manera que el imaginario colectivo posibilita la emergencia o bien, inhibición o contención de psicopatologías (p. 100). En su visión, resulta de gran relevancia asumir como sociedad la responsabilidad ante dichas circunstancias. Si desde el imaginario social se instituye una normalidad a la que los adolescentes deben adaptarse, se puede conducir a que éstos sean colocados en una posición pasiva, como objetos sin capacidad de aportar, interactuar, crear. Estos efectos pueden observarse en varios niveles, comenzando por el nivel colectivo donde habría que replantearnos si en realidad es conveniente que las nuevas generaciones repitan los patrones de las últimas décadas. Recalcati cuestiona:

¿Existe una ética alternativa a esta lógica que no sea la apelación moralista al sentido común o a la universalidad abstracta de una razón práctica de matriz kantiana?, ¿Existe, quiero decir, una alternativa ética que pueda oponerse

con fuerza a la afirmación de goce cínico como único valor de la existencia? (2013, p. 28).

Ante el goce como única razón para vivir y la necesidad de sobreestimulación para tolerar la realidad social, se pone en entredicho si la respuesta que esperan las nuevas generaciones es contar con adultos que puedan acompañar al encuentro de la esperanza.

Adolescencia posmoderna

Los adolescentes conforman alrededor del 30% de la población de Latinoamérica y el Caribe, de acuerdo con la Organización Panamericana de Salud (OPS, 2024), y suele ser considerado como un sector poblacional con salud, razón por la cual suele restarse importancia al seguimiento de sus necesidades y como consecuencia adquirir hábitos que se convierten en obstáculos para el pleno desarrollo de su personalidad. La OPS mencionó que el fortalecimiento de la salud de los jóvenes “permite pasar a la vida de adultos con más habilidades para servir a sus comunidades de forma productiva” (2024); lógica bajo la cual los adolescentes son colocados como piezas instrumentales para la producción, ligados a estándares a los cuales deberían de adaptarse para sostener el sistema económico actual, atravesando al mismo tiempo la transición hacia la adultez.

La elaboración de los duelos lleva al adolescente a coexistir en un cuerpo maduro, con una nueva imagen de sí mismo que le lleva a cambios en su identidad y requiere adquirir una ideología que le permita entender el mundo, adaptarse a éste y generar acciones para cambiarlo. Sin embargo, habría qué cuestionar si es pertinente que los adolescentes se adapten al sistema económico y social actual que puede ser el mismo que propicia las condiciones para el cultivo de los principales síntomas que presentan dichos sectores poblacionales: aumento de violencia, suicidios, abuso de drogas legales e ilegales, accidentes automovilísticos y homicidios, entre otros. Con base en la inseguridad y desesperanza: Lasch (1991, p. 21) puntualiza que el desastre inminente se ha vuelto una preocupación cotidiana, ya no se considera cómo evitarlo, sino cómo sobrevivirlo.

En esta serie de cambios, las infancias y las adolescencias son exigidas a adaptarse a través de herramientas como la educación por competencias y



la resignación ante el panorama devastador de que “así son las cosas”. Ante la desesperanza, Recalcatti (2013) afirmó que se precisa de una autoridad en la cual apoyarse pues cuando no se cuenta con ésta, la incertidumbre se hace presente (p. 14). No se trata de la necesidad de una autoridad disciplinaria y represiva, sino de una autoridad de actos y testimonios que dote de sentido la posibilidad de existir con deseo y con responsabilidad. El mismo autor (2013) propone el análisis de la sociedad a través del Complejo de Telémaco, con base en el mito griego de Telémaco, quien crece sin la presencia de su padre y al no saber si se encuentra vivo o muerto, decide emprender su travesía buscando a su padre, pero también construyendo su propia identidad con la promesa del encuentro con el testimonio del padre: no es un padre rival como en el complejo de Edipo, sino un padre que acompaña en el encuentro de la propia autonomía (p. 30).

Enfocar los esfuerzos a la construcción de vínculos que permitan la construcción de subjetividad y dar un lugar al deseo propio implica un profundo análisis de los imaginarios sociales instituidos alrededor de las adolescencias. Un ejemplo de esto es la visión de la OPS donde se espera de los adolescentes fuerza productiva; podemos plantear la contraparte: Lazzarato (2002) afirmó que, si la potencia de producción es inseparable de las fuerzas, entonces el ocio debe interesarle a la economía en la misma magnitud que el trabajo. Pareciera que el ocio va dirigido en una lógica de consumo que individualiza y dificulta la cooperación: “sin ideas comunes no hay acción común y, sin acción común, existen hombres, pero no cuerpo social” (Tarde, citado en Lazzarato, 2002, p. 33). La apuesta debería dirigirse entonces hacia el acompañamiento de la construcción de identidades que permitan un nivel más alto de conciencia social, con aras de lograr fortalecer el tejido social y reivindicar los esfuerzos hacia la generación de esperanza hacia el futuro. Es una labor ética y colectiva que parece estar tomando fuerza, a través de la organización social y las acciones comunes ante las injusticias sociales.

Referencias

- Bauman, Z. (2000). *Modernidad líquida*. Editorial FCE.
- Bleichmar, S. (2008) *Violencia social, violencia escolar: de la puesta de límites a la construcción de legalidades*. Noveduc: Argentina.
- Deleuze, G., Guattari, F. (1972) *El Anti-Edipo*. Editorial Paidós
- Guattari, F. (1990) *Las tres ecologías*. Pre-textos
- Jaime, K., Ibarra, J. (2022) *Modernidad y posmodernidad en el punto de vista de los egresados de educación de la UANL. Reforma Siglo XXI*. Vol 29 (112) pp. 67-72.
<https://reforma.uanl.mx/index.php/revista/article/view/24/20>
- Lasch, C. (1979) *La cultura del narcisismo*. Editorial Andres Bello.
- Lazzarato, M. (2002) *Potencias de la invención. Les empêcheurs de penser en rond*
- Organización Panamericana de Salud (2024) *Salud del adolescente*. <https://www.paho.org/es/temas/salud-adolescente>
- Palacios, X. (2019) *Adolescencia: ¿Una etapa problemática del desarrollo humano?* *Revista Ciencias de la Salud*. Vol. 17 (1)
<https://www.redalyc.org/journal/562/56258058001/56258058001.pdf>
- Vásquez, A. (2011) *La posmodernidad. Nuevo régimen de verdad, violencia metafísica y fin de los metarrelatos*. *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, vol. 29, núm. 1. <https://www.redalyc.org/pdf/181/18118941015.pdf>